

En una cama de hospital, Eduardo afronta una grave enfermedad. Solo la voz de su madre, parece ayudarlo a encontrar el camino de regreso; esa voz teje para él historias, como la de Ulises. ¿Qué lugar tendrán en la historia de Eduardo las aventuras del legendario héroe griego escritas hace treinta siglos?

ESTEBAN VALENTINO nació en Castelar, provincia de Buenos Aires, en 1956. Es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Además es periodista y profesor. Ediciones SM también ha publicado sus libros *Sin los ojos*, en la Colección El Barco de Vapor, y *Perros de nadie*, en la Colección Gran Angular.

Fotografía de tapa
© PHOVOIR

ISBN 978-987-573-376-3



9 789875 733763

Código 3000088

Ga
ESTAN VALENTINO

8200

Es tan difícil volver a Ítaca

ESTEBAN VALENTINO

**COLECCIÓN
GRAN ANGULAR**

Dirección editorial: Lidia Mazzalomo
Dirección literaria: Laura Leibiker
Editora: Laura Linzuain

Dirección de Arte: Silvia Lanteri
Edición gráfica: Natalia Fernández
Departamento de imágenes: Silvia Gabarrot
Preimpresión: Antonio Lockett
Jefe de Producción: Ángel Sanchez
Corrección: Patricia Motto Rouco y Catalina Larralde
Foto de tapa: ©PHOVOIR
Fotos de interior: Archivo SM y Silvia Gabarrot

© Esteban Valentino, 2010
© Ediciones SM, 2010
Av. Belgrano 552 C1092AAS Ciudad de Buenos Aires

Primera edición: marzo de 2010
ISBN 978-987-573-376-3

Hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright

Valentino, Esteban
Es tan difícil volver a Ítaca / Esteban Valentino ; coordinado por Laura Leibiker ; dirigido por Lidia Mazzalomo ; edición literaria a cargo de Laura Linzuain ; 1ª ed. - Buenos Aires : Ediciones SM, 2010.
112 p. : il. ; 21x13 cm. - (Gran Angular ; 7)
ISBN 978-987-573-376-3
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Leibiker, Laura, coord. II. Mazzalomo, Lidia, dir. III. Linzuain, Laura, ed. lit. IV. Título CDD 863.928 2

ES TAN DIFÍCIL VOLVER A ÍTACA
ESTEBAN VALENTINO



Me gusta contarme mi historia para convencerme de que este que está aquí acostado soy yo. Me llamo Eduardo. Hace cinco años que murió papá. Yo tenía siete pero me acuerdo bien de que lo primero que sentí fue mucho miedo y ganas de irme a acostar. Cuando se quedó así, como dormido, mamá me dijo que no sabía qué iba a pasar, si iba a despertar para volver con nosotros o no. Mi mamá no me miente nunca. Desde que era chico me repite siempre lo mismo. "Eduardo, aunque sea fea, te voy a decir la verdad. Porque yo quiero que me creas siempre, siempre." Como esa vez de papá. Por eso ahora le puedo creer. Aunque ella no me escuche, aunque ella no lo sepa, yo estoy aquí creyéndole. La siento con mis ojos cerrados. Con los ojos cerrados siento su mano en mi frente y su boca que me hace cosquillas en la oreja y me gustaría reírme no para que deje de hacerme cosquillas, sino para que sepa que me gusta. Antes, cuando podía mirarla y decirle y era de verdad yo, no me gustaba, pero ahora sí, ahora no quiero que pare. A veces hasta tengo ganas de saltar y agarrarla fuerte, pero no sé cómo se hace cuando uno está dormido. Bueno, yo digo "dormido" porque así deben verme, pero no es lo mismo... porque

antes, cuando estaba dormido en mi cama, yo no sabía si mi mamá me hacía cosquillas en la oreja; y ahora que estoy dormido en este hospital sí sé. Antes, cuando estaba dormido en mi cama, no sabía si mi mamá me tocaba la frente con la mano y ahora que estoy dormido en este hospital sí sé. Pero eso era antes. Antes. Cuando dormía en mi cama, pero con la oreja y la piel funcionándome.

—Síndrome de Melas, Mónica —me había dicho Fabián, el amigo médico de Federico—. No te voy a volver más loca con explicaciones médicas pero el asunto viene con toda la mala suerte del mundo. Primero porque es una enfermedad rarísima, algo que no anda bien en el código del ARN. Y después porque es hereditaria, pero en el 98 por ciento de los casos de madre a hijo. A Federico seguramente se lo transmitió su madre. Pero que él se lo haya trasladado a Eduardo es todavía más increíble. Salió todo mal, Moni.

—¿Puede volver? —le pregunté.

—Puede —me dijo—. Hay derrames internos y eso provoca esta especie de coma. El cuadro puede revertirse, pero también puede pasar lo contrario. No sabemos. No está muy estudiado.

Yo lo escuchaba a Fabián pero estaba como volando. Mi amor grande estaba en una habitación de ese hospital horrible como todos los hospitales, durmiendo en un por ahora que podía ser un para siempre, y mi amor chiquito estaba sentado afuera y ahora yo tenía que decirle que quién sabe si el papá... Pero de él, no. Del resultado de sus análisis, no. Nunca. Que el futuro hable y entonces hablaré yo, me dije. Pero como me había advertido Fabián, siguió saliendo todo mal. Federico no pudo volver a nosotros y ahora Eduardo,

como buen varón que rechaza que la mamá le haga mimos, quiere seguir al papá. O sea, el futuro volvió a hablar y ahora soy yo la que tiene que hacer oír su voz. ¿Cómo es de fuerte una palabra que grite más que el tiempo? No lo sé. Pero sí sé que la voy a encontrar. Que los médicos hagan su trabajo. Yo voy a hacer el mío.

Estoy hablando con él, con Eduardo. Lo estoy trayendo de vuelta. Si él necesita de mi voz la va a tener toda, así el mundo ensordezca.

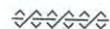
—Aquí estamos los dos, chiquito mío. Yo y tus doce años que pronto van a ser trece. Te prometí que no te iba a mentir nunca y voy a cumplir mi promesa aunque ya la rompí una vez, cuando me enteré de que tu cuerpecito de siete tenía lo mismo que el de papi y no te conté nada porque me habían informado los médicos que tal vez todo siguiera bien para vos. Que tal vez no pero que tal vez sí, me aclararon. Y yo me agarré con todas mis fuerzas de ese “tal vez sí”, porque ya no quería más partidas en mi alma. Pero fue tal vez no, y por eso estamos ahora los dos solos en esta pieza de hospital, hablándonos. Ya no voy a mentirte más ni a ocultarte nada. Lo que tenés se llama Síndrome de Melas. Es una enfermedad muy rara que ataca tu cerebro y te crea allí como pequeñas heridas. Por eso estás dormido. Vos ya sabés que se puede no volver, así que no voy a engañarte. Pero también tenés que saber que sí se puede volver, y yo voy a estar aquí para decirte cómo. Todos los días voy a estar aquí para ayudarte a regresar, vida. El viaje de vuelta de verdad lo vas a hacer vos, pero yo voy a ser como una especie de mapa con los caminos que tenés que seguir para volver.

"Ahora voy a acercar mi boca a tu oreja aunque sé que no te gusta porque te hago cosquillas, pero no me importa porque quiero que me escuches bien. Oírme. ¿Ves? Eso es lo primero que tenés que hacer. Nunca dejar de oírme. Aunque no estés de acuerdo, aunque pienses que es una tonte-ría lo que te digo. Después, cuando sepas qué puerta es la que hay que abrir, me peleás todo lo que quieras. Por ahora vas a tener que obedecerme sin protestar. ¿Por qué? ¿Cómo por qué? Porque para eso soy su madre, jovencito. Le falta tomar mucha sopa para mandarse solo, ¿estamos?"

Ya me viene con eso de que todavía soy chico. A ver cuántos tipos con tus años se aguantarían esto que me dijiste, que tengo lo mismo que papá. Bueno, yo ya me lo sospechaba. Era mucha casualidad que me quedara dormido como él y que fuera otra cosa. Y sí, miedo tengo, ¿por qué te voy a mentir si vos prometiste de nuevo decirme siempre la verdad? Yo voy a hacer lo mismo, ma. Así, cada vez que nos decimos, sabemos que es cierto lo que nos decimos y no nos complicamos con el asunto ese de los engaños. Ah, sobre eso de que me molesta que me hagas cosquillas en la oreja con la boca, creo que ya te dije que ahora sí me gusta. Bueno, en realidad no te lo dije, lo pensé, pero no te hagas problemas. Es decir, podés seguir, que no está tan mal después de todo. Y ya que estamos: no pienso irme a ningún lado (je, a ver cuántos tipos con tus años hacen bromas con esto; sí, muy chiquito...) y voy a empezar a confesarte algunas cosas que no sabías.

¿Te acordás de aquella vez que apareció el cuadro de la gorda bailando hecho moco en el piso y preguntaste quién había sido porque esa tarde estuvieron los primos en casa, y yo dije que había sido uno de ellos porque total ya no estaban

y vos no los ibas a castigar por teléfono? Bueno. No fueron ellos. Fui yo con un pelotazo. Ustedes se fueron con los tíos a dar una vuelta y nos quedamos jugando adentro y un tiro se me escapó y le di con todo al cuadro ese de la gorda. Después escondimos los pedazos para que no nos retaran y cuando ellos se fueron los saqué para que los vieras porque ya había decidido culpar a los primos. Y estuvo bien. Jugamos y nadie salió perjudicado. Bueno, la gorda, pero esa nunca me gustó, se merecía el golpazo por gorda y fea y por meterse justo donde fue mi tiro. Encima ni gol fue... ¿Qué me estás diciendo? Ah, que te vas a ir a trabajar. Pero ¿podés dejar de hablarme en la oreja, si sabés que no me gusta? Qué ganas de hacerme enojar al cuete. Bueno, te acabo de decir que me gusta y ahora te digo que no. Me parece que me estoy haciendo demasiado lío por todo. Voy a tener que ser más cuidadoso con lo que pienso o no me voy a entender nada. Sí, ya te oí, te vas a ir a trabajar. Andá, pero volvé pronto, ¿eh, grandecita?



Voy en el tren camino a mi trabajo y por suerte conseguí un asiento porque desde que el futuro dijo lo que dijo, siento como un cansancio eterno y hasta estar parada me cuesta. Además, así me resulta más fácil pensar porque esa es otra cosa que me pasa: pienso todo el tiempo. Salvo cuando estoy con él, que le digo lo que pensé antes. Cuando salgo para el hospital a la mañana, cuando voy para el trabajo, cuando vuelvo al hospital a la tarde, cuando me quedo a dormir allí o cuando me vuelvo a mi casa, pienso. Por ejemplo, ahora estoy pensando que dije "mi casa" y la verdad que no sé, como decía ese poema que leí una vez, si yo sigo siendo yo

y si mi casa sigue siendo mi casa. Creo que soy como un caracol, que anda con su techo auestas. Y mi mejor techo está al lado de una cama de hospital, con un chiquito al que tengo que enseñarle el camino de vuelta. El resto del mundo me parece una enorme intemperie, con lluvia y frío, aunque haya sol y calor. Mi único lugar cobijado es esa cama. Tampoco sé si los demás siguen siendo tanto "los demás". Están, claro, y hasta me llevan por delante cuando bajamos del tren y me piden cosas en el trabajo y yo les doy direcciones en los taxis, pero son como extras en mi película. Tal vez también los médicos tengan alguna existencia más..., no sé cómo decirlo, más real. Pero eso porque son los que me informan cómo sigue esta película mía. Son los que me escriben parte del libreto. El resto abunda.

Menos mal que entre la estación y mi trabajo hay apenas cinco cuerdas. Caminarlas me gusta, porque hay muchos árboles, poco tránsito y puedo seguir pensando. Pensar otra cosa ahora. Pensar en un camino que nunca recorrí, pero que tengo que averiguar cómo es para decirle a alguien cómo se vuelve. Pensar en aprender de los senderos que se meten en bosques oscuros o en montañas altísimas y pasan por abismos impenetrables, para contarle a un chiquito cómo tiene que ir por esos lugares, qué pasos tiene que dar para no perderse, para no tener miedo en la oscuridad, para no correr riesgo de trastabillar y caerse en algún precipicio.

O pensar ahora en sonreír unos centímetros porque mi jefe, que es un buen tipo, me saluda lindo como siempre y me dice:

—Hola, Moni, ¿cómo anda todo hoy?

Y yo tengo que hacer como que escucho a este extra de mi película que ni siquiera libretista es y decirle:

—Bien, Carlos, gracias. Sin grandes novedades. —Y asegurarle—: Cuando pase algo gordo vas a ser de los primeros en saberlo—. Entonces me siento al escritorio y me pongo a hacer mi trabajo y los extras circulan a mi alrededor y solo caminan en un universo que está lleno de otros que abundan, algunos libretistas y dos que existen.

Sé que estoy solo. Lo sé porque no siento ninguna mano sobre mi frente y ninguna cosquilla en la oreja y además nadie me habla. Eso es bueno. Un poco de soledad de vez en cuando también me gusta. ¿Y, grandecita? Sigo haciendo bromas con la historia y vos no me decís nada. Te cuesta reconocer que así te tapé la boca con eso de que soy chiquito, ¿eh?, te cuesta. Bueno, tampoco me decís nada porque ahora no estás, así que lo mío es otra vez bastante pavo. Así que Síndrome de Melas. Mirá vos. Melas... vas a pagar cuando te agarre. Gracioso el nombre del sueño este que me cayó de golpe. Lástima que solamente sirva para sacarme. Como en los partidos, cuando el profe me sacaba y hacía entrar a otro que estaba afuera. Yo no quería salir pero él me explicaba que todos tenían que jugar. A mí me daba rabia pero, yo qué sé, así eran las cosas. Todos tenían que jugar y yo nunca fui de los mejores. Ahora el profesor Melas me hizo lo mismo. Me dijo que todos tienen que jugar y me sacó de la cancha. ¿Quién habrá entrado en mi lugar? Y, además, ¿tan mal estaba jugando? Cuando venga mamá se lo voy a preguntar. No, no me volví loco. Ya sé que no puede escucharme. Pero eso no tiene nada que ver. Yo

puedo preguntar lo que se me ocurra. Algún día me enteraré de las respuestas. O no. No sé.

Tiempo tengo.

Sí, miedo también tengo.

Ya no puedo esperar más. Ya tengo que empezar mi trabajo de guía. Y voy a largar con lo que se me ocurrió. Que no sé si es lo que él espera de mí o lo que esperaría alguien perdido de su guía pero es lo que puedo hacer yo, esta yo que soy ahora, tan llena de dudas pero a la vez tan llena de mi decisión. Estoy regresando, estoy abriendo la puerta del ascensor. Estoy subiendo al piso indicado y miro en silencio la pantallita que indica los números porque nada me importa de esta gente que viaja conmigo, que ni a extras llegan en mi película. Son apenas el decorado y no se le habla a los telones en el teatro. Ahora bajo y mi soledad de estos pasillos hasta la habitación me hace bien. Bueno, ya llegué, aquí estoy. Me saco el tapado porque afuera hacía frío de verdad, y me siento en la silla que está siempre esperándome al lado de su cama.

—Aquí estoy, chiquito. Ya llegué. Te cuento cómo está el día afuera. Son las siete de la tarde. Ya no hay sol y hace bastante frío. Yo me tuve que poner el abrigo grueso, ese que no te gusta nada porque decís que me tapa toda, pero precisamente por eso me lo tuve que poner. Ah, te digo lo que se me ocurrió para hoy. Estuve pensando que si yo estuviera así, como estás vos, una de las cosas que más rabia me daría sería no poder enterarme de las respuestas a las dudas que tuviera porque claro, si no me escuchan, no puedo hacer preguntas. Y esa rabia me distraería de mi trabajo de encontrar el camino de vuelta. No quiero que eso

pase con vos. No quiero que nada te distraiga de eso. Así que voy a hacerme yo las preguntas que me parece podés hacerte vos y te las voy a contestar.

Je, je, ¿qué decía yo sobre que nadie me escuchaba? A ver qué me digo ahora. No, no soy mago, no adivino el futuro. No, es ella, en serio. Se le ocurrió sola. Yo no tengo poderes mentales. Bah, al menos nunca me dijeron que los tenía. ¿A ver con qué me sale ahora la grandecita?

—Lo primero que me preguntaría es por qué me pasó esto, qué hice mal. Y yo diría que la primera obligación que tenés es olvidarte de hacer esa pregunta. Es tonto preguntarse por qué nos pasan las cosas malas que nos pasan. No nos pasan porque hayamos hecho las cosas mal. Solamente los tontos se preguntan por qué nos pasan las cosas inevitables.

Bueno, ahora me dicen "tonto" hasta dormido. Linda mamá. Dejá, no te preocupes. En estos días ya me dije yo varias veces que era un tarado...

—Bah, no quiero decir que seas un tonto por hacerte esas preguntas. Digo que es una tontería pensar eso. No hace falta ser un tonto para pensar tonterías. Así que nada de pensar eso. Otras preguntas sí, esa no, ¿estamos? Y sí, si querés también porque soy tu madre. Vas a tener que aceptar varias de estas órdenes mías aunque no te gusten.

Acordate de que además soy tu guía. Y no se le discute a un tipo que conoce bien un lugar qué camino hay que tomar. Se lo obedece y a otra cosa. Ya sé, ahora vas a decirme que yo no conozco para nada el lugar en que vos estás. Pero no es tan cierto eso. Yo ya estuve allí con papá y sé bastante de esas sombras. Además es lo mejor que tenés a mano, ¡qué tantas pretensiones! Bueno, sigamos.

Dale, grandecita, hacete, haceme, otra pregunta y dejá de enojarte todo el tiempo. Es raro esto de tener dudas ajenas. Aunque a veces hasta pareciera que me escucharas.

—También me preguntaría cuándo va a terminar este lío. No lo sé, vida, pero tené en cuenta que cuando termine tu parte en esta historia también va a terminar la mía. Es decir, cuando vos vuelvas, yo también voy a volver. Cuando vos encuentres la puerta que hay que abrir yo también voy a girar ese picaporte, así que esa duda es tanto tuya como mía. Igual no creo que nadie nos dé nunca una respuesta exacta. Me parece que vamos a tener que aprender a conformarnos con esas seguridades de cuando eras muy chiquito: hoy es lunes, afuera hace frío, me gusta la torta de manzana. Dejemos las preguntotas, esas que necesitan de gente muy sabia, para días que nos podamos dar esos lujos. Por ahora conformémonos con que sea lunes, con que haga frío, con que te guste la torta de manzana. Aunque ahora que lo pienso, no estoy segura. ¿Te gusta la torta de manzana?

Sí, grandecita. Lo que pasa es que no la hacés casi nunca. Pero me encanta.

—Sí. Ahora me acuerdo de que sí te gusta. Lo que pasa es que casi no hago.

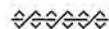
Es lo que digo. A veces parece que me escucharas...

—Otra duda sería la que tiene que ver con esta seguridad que yo tengo de tu vuelta a este lado del sueño. De dónde me sale. Es difícil de explicar... pero a la vez me es tan evidente como el hecho de que ahora estás del otro lado. No es una esperanza estúpida de una mamá que quiere que su hijo se quede con ella. Es tan seguro como que mañana va a amanecer. O sea, puede haber sol o llover o estar nublado, pero de que va a amanecer no hay duda. Con tu despertar me pasa algo parecido. Puede tardar más o menos, puede haber más o menos problemas, pero yo sé que vas a abrir los ojos.

Está bien, ma. Si vos estás segura, para mí está bien. Te digo que no me parece mal. No sé si es una esperanza estúpida, pero no me parece mal.

—Bueno, amor. Ya es noche tarde. Me quedo a dormir aquí, con vos. Mañana la seguimos.

Ahora estoy solo con las respuestas que me dio y con las preguntas que me sigo haciendo. Ya sé que no tengo que volverme loco con eso de "por qué a mí" y que tampoco tengo que querer saber hasta cuándo va a durar esta historia. "No hay que distraerse", dice la grandecita. No hay que olvidar el camino de regreso. Pero es que yo tampoco lo conozco mucho, mamá. Nunca hablamos de la muerte de pa. Nunca nos sentamos a conversar sobre lo que le pasó a cada uno en ese momento. Yo no sabía que yo tenía la misma enfermedad. Me parece que estuviste bien en no decírmelo. Me hubiera asustado mucho y no habría servido para nada. Como el cuento aquel que leí del tipo al que le dicen que se va a morir un jueves. Y entonces cada miércoles y jueves son una tortura y al final se muere un lunes cualquiera y el pobre se pasó la vida temblando todos los jueves. Pero sin saber eso, igual me sentí distinto a los demás, con más peligros a mi alrededor, como si no tener papá me hubiera hecho más frágil. Ahora que lo pienso me parece que a vos te pasó algo parecido. Y supongo que ahora tendrás la sensación de que todo puede volver a pasar y tenés miedo de quedarte todavía más, ah no sé cómo decirlo, más... rompible. Eso. ¿Quién de los dos tendrá más noche en este momento, grandecita? Porque el que se puede ir soy yo, ya lo sé, con mi siempresueño y todo el asunto. Pero la que se va a quedar sos vos. No se te va a ocurrir esa pregunta (y si se te ocurre es que me escuchás en serio), pero me vendría bien saber qué te gustaría más. Si pudieras elegir, ¿qué harías?: ¿irte o quedarte?



—Buen día, amor. ¿Cómo pasaste la noche? Ah, mirá, aquí me traen el desayuno. Café con leche, una tostada y mermelada. Debe estar rico, como siempre. Ahora que se fue la enfermera, te puedo decir que la verdad tuviste bastante suerte. No sabés lo linda y jovencita que es. A vos te encantaría.

Buen día, grandecita. No. No sé lo linda y jovencita que es pero puedo imaginarlo. Aunque tampoco sé si tengo ganas de imaginarlo. Mejor hablemos de otra cosa. Que la enfermera linda me hace acordar a Camila, la enfermera tiene la cara de Camila y eso sí me pone de mal humor.

—Rubiecita, chiquita. Una muñeca, vea, caballero. Lucía se llama.

Y dale con los ¿cómo se llamaban?, ¿los diminutivos, eran? Sí, eran los diminutivos. Que "jovencita", que "rubiecita", que "chiquita". ¿Qué te picó hoy? ¿No te dije que no quiero que me cuentes más de la enfermera, que me pone de mal humor? ¿No me escuchás, tonta? No, no me escuchás. Para qué me hago el idiota si sé que no me escuchás.

—Antes de irme quiero contarte algo de ese tipo, ese griego que tardó diez años en volver a su casa. ¿Cómo quién? Ese Ulises que te conté un día que era rey de una isla que se llamaba Ítaca. Sí, el de la mujer que tejía para retrasar el momento de casarse de nuevo. Que se llamaba

Penélope. La pobre estaba acosada por los pretendientes que querían casarse con ella para apoderarse del reino, pero como última resistencia se le ocurrió la idea de decir que elegiría marido cuando terminara su tejido. Sin embargo, para retrasar lo más posible ese momento, deshacía de noche todo lo que tejía de día. Los tipos que querían el trono eran unos guarangos que vivían a costa de las riquezas de Ulises y no les importaba nada todo el desastre que hacían porque estaban seguros de que el rey había muerto al volver a su tierra. Pero no. Ulises tuvo que pasar por un montón de aventuras para estar otra vez en su reino, porque en la conquista de Troya se había ganado el odio eterno del dios del mar, Poseidón, cosa nada buena si uno tiene que volver a su patria en barco. Pero su mejor historia es la que le pasó con un cíclope.

¿Qué es un cíclope?

—Seguro que te estás preguntando qué demonios es un cíclope. Te digo. Un cíclope es un gigante que en lugar de tener dos ojos tiene uno solo en medio de la frente. Este se llamaba Polifemo y era poderoso y malvado como nadie. El tema es que Ulises y sus compañeros llegaron hasta su caverna, que estaba llena de ovejas y de otros alimentos, casi como preparados para que ellos se los llevaran. Los compañeros de Ulises le rogaron a su jefe que, como el cíclope no estaba, los dejara cargar todo lo que pudieran y que luego huyeran de esa cueva siniestra; pero él era un hombre que disfrutaba antes que nada de vivir grandes aventuras y no quiso irse sin conocer al terrible Polifemo.

Cuando llegó, el cíclope les preguntó quiénes eran ellos. Ulises le respondió que eran viajeros perdidos y que él debía atenderlos según las reglas de la hospitalidad que ordena el propio Zeus, el padre de los dioses. Pero el monstruo se rió y le respondió que los cíclopes no le debían obediencia a nadie y que Zeus podía irse a freír churros. Bueno, no se lo dijo así porque en esa época no había churros, pero eso fue lo que quiso decir.

Sí, me imagino al cíclope ese diciendo que cualquier queja de Zeus que le hable por teléfono. Pero seguí. Me gusta tu forma de contarlo.

—Y allí nomás se comió a dos de ellos. Para que no pudieran escapar, cerró la entrada de la caverna con una roca enorme que solo alguien con su enorme fuerza podía mover. Al día siguiente se comió a otros dos y pensaba devorarse a todos, pero Ulises era muy astuto y le dijo que después de almorzar lo mejor era tomarse un buen vaso de vino. Y le dio una copa que llevaba. El gigante empezó a tomar y a tomar y a tomar hasta que se agarró una borrachera que no se podía tener en pie. Y claro, se quedó dormido. Entonces Ulises y los suyos aprovecharon para clavarle en el ojo un tronco de árbol con una punta al rojo vivo que habían preparado en el fuego... y, ¡zas! lo dejaron ciego. El cíclope se puso como loco y empezó a preguntarle a los gritos cómo se llamaba y Ulises le contestó que se llamaba Nadie. Parecía tonta la respuesta de Ulises, y sus amigos no lo entendieron demasiado. Pero cuando los otros cíclopes quisieron averiguar quién lo había herido, Polifemo les

respondió que había sido Nadie. Entonces, ellos le dijeron que no podían hacer nada, porque su herida había sido voluntad de los dioses. Con los manotazos de ciego que empezó a dar, el cíclope sacó la roca que impedía la salida, y así Ulises y los suyos pudieron escapar y volver a su barco para irse de aquel lugar. ¿Te gustó el cuento, amor?

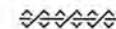
Muy lindo, grandecita. Está genial eso del gigante de un solo ojo. Así que el tipo le dijo que se llamaba Nadie. Nadie está dormido en esta cama, Nadie tiene miedo cuando no oye más la voz de la grandecita, Nadie está empezando a pudrirse de no poder levantar los párpados.

—Bueno, ahora me voy a trabajar. A la tardecita te voy a contar algo nuevo.

Espero que no tenga que ver con la enfermerita y sí con el Ulisito. Chau, que te vaya bien en el trabajito.

Mi vuelta, ¿tendrá que ver con los aparatos? Sé que me enchufaron varios tubos y que por ahí me dan de comer, pero no sé si lo que dice la grandecita de “volver” tiene que ver con ellos. No me gusta tener tantas cosas metidas. Debo parecer como uno de esos robots de las películas y no quiero. Dale, grandecita, volvé rápido que sin vos me cuesta caminar con tanto cablerío. Bueno, hablando de otra cosa, ahora que nadie escucha lo que pienso, eso de que la enfermera tenga la cara de Camila no está tan mal. Puedo imaginar las manos que me limpian y que me acomodan y puedo darles una cara a las manos. No me gustan las manos solas.

Me hacen acordar a las películas de terror y me dan miedo. Muchas veces en esas películas cuando van a matar a alguien, solamente aparecen las manos del asesino. No sé cómo será la carita de la enfermerita, pero pensarla con la cara de Camila me acorta el susto. Ahora estoy despierto. Me da algo como risa que los de afuera piensen que para mí todo es lo mismo, que no se den cuenta de que ahora estoy distinto de hace un rato, cuando estaba dormido, dormido. Es decir, dormido estoy siempre, pero a veces estoy dormido despierto, como ahora, y a veces no escucho nada ni pienso nada y entonces estoy dormido para ellos y para mí. Oia, recién ahora me doy cuenta de que para hablar de los que vienen a verme dije “los de afuera”. ¿Eso quiere decir que yo estoy adentro? ¿Adentro de qué estaré?, ¿adentro de un sueño? Tengo que pensar más sobre eso. Después. Ahora me quiero dormir dormir.



Los extras de mi película hoy están tranquilos. No me los crucé mucho en mi caminata al trabajo y tampoco me pidieron demasiadas cosas para hacer. Se ve que se están acostumbrando a que no me interesan. Puede ser que no esté bien, puede ser que tenga que seguir prestándole atención al mundo que a fin de cuentas sigue teniendo los mismos problemas que antes; pero no puedo evitar sentir que desde el sueño de mi chiquito yo estoy entre paréntesis, esperando simplemente a que él vuelva, a que dos párpados testarudos se dejen de embromar con eso de seguir cerrados y se levanten de una buena vez para volver a cerrarse solamente cuando al dueño se le dé la gana. Pienso en Penélope, que se la pasaba tejiendo

para retrasar el momento de tener que elegir un reemplazante para su marido, y mirando hacia el mar, para ser la primera en ver el barco en el que Ulises regresara. También su único mundo debía ser esa manta de lana. También a ella los otros debían interesarle menos que un grano de trigo de sus sembrados. Su universo era el telar, los dibujos del tejido y un hombre que no llegaba. El mío es una cama. Soy Mónica-Penélope y tejo las ganas de unos ojos abiertos.

Estoy leyendo cosas sobre el Síndrome de Melas. Es una rareza increíble la transferencia de padre a hijo. No se lo voy a decir a Eduardo porque le va a dar más furia saber que lo que pasó no tendría que haber pasado. Va a ser otra especie de mentira, pero Zeus debe haberla entendido a Penélope cuando hacía su engaño de lana. Y si no me quiere perdonar me importa lo mismo que mis extras. No les doy bolilla a los mortales que me rodean, miren si me voy a hacer mala sangre con un inmortal que lo más importante que hace es no morir.

Estoy volviendo al hospital y se me acaba de ocurrir que tampoco le voy a decir más que es mi chiquito. Al menos no se lo voy a decir a él. Alguien que pelea por volver desde una cama lleno de tubos merece ser llamado por su nombre. Ya va a cumplir trece. Ah, por cierto. Tengo que festejarle el cumpleaños.

Y prepararle el regalo.

—Ya volví, hijo. Ya estoy aquí, Eduardo.

Uy, ¿qué pasó, grandecita? ¿Qué pasó con eso de "chiquito" y "Eduardito"? ¿Crecimos desde la mañana y no nos dimos cuenta? Ya sé, te fue mal en el trabajo y volviste de mal humor. Como cuando me portaba mal y me retabas con nombre y apellido y tratándome de usted. ¿Te acordás? "Eduardo Alayes, ¿se puede saber de dónde viene con todo ese barro?, ¿estas son horas de llegar a su casa y en ese estado?, ¿usted está seguro de las cosas que hace?". ¿Eso pasó, grandecita?, ¿estamos enojadas?

—Habrás notado que no te dije "chiquito". Estoy segura de que lo habrás notado porque esas cosas no se te escapan nunca. O no se te escapan casi nunca. En todo caso estoy segura de que esto no se te escapó. Lo que pasa es que estuve pensando...

Mirá vos, ¿cómo te contestaba papá cuando decías eso? Ah, sí: "Bueno, de vez en cuando te va a hacer bien, pero tampoco exageres".

—...y me parece que estás aquí, peleándola casi solo. Y que ya tenés casi trece años (porque no sé si sabrás que dentro de dos días es tu cumpleaños) y que, está bien, creo que tengo que aceptar que ya no sos tan chiquito. Mientras te hablo me estoy agarrando una mano con la otra porque me cuesta mucho decirte esto. Es difícil aceptar que ustedes crecen, ¿sabés? Es como confirmar que nosotros nos hacemos más viejos y que ya no nos necesitan tanto. Pero igual no me voy a privar todo el tiempo de decirte "chiquito", porque

me gusta y porque para eso sigo siendo tu madre. ¿Me entendió, señor?

Sí, ya te entendí, grandecita. Vas a hacer todo lo posible pero de vez en cuando se te va a escapar. No es un mal acuerdo. Pero, además, que yo sea más grande no quiere decir que vos seas más vieja. No sé, yo al menos no te veo vieja. Bueno, ahora no te veo, así que estuvo bien eso que dijiste de que te agarrabas las manos porque así puedo seguir lo que hacés. Ah, así que es mi cumple, mirá vos. ¿En qué estaría pensando que se me pasó tanto? ¿Qué me vas a regalar?

—Vamos a ver: ¿qué me preguntaría yo si tuviera trece años y algún adulto me dijera que pronto va a ser mi cumpleaños? De eso no tengo ninguna duda. Podré estar más vieja (aunque no tanto, eh, no tanto), pero todavía me acuerdo de esas cosas. Me preguntaría por lo que me van a regalar. Pero va a tener que esperar, caballero, porque el regalo va a ser una sorpresa para ese día. Lo que te puedo decir es que no va a ser una cosa. A mí me encantaría regalarte, yo qué sé, una pelota. Pero me di cuenta de que eso me gustaría a mí y yo no quiero regalarte algo para el futuro, para que lo uses cuando despiertes. ¿Entendés, amor? No quiero hacerme la trampa de darte algo que me deje a mí más tranquila pensando en más adelante. Yo no quiero estar más tranquila, quiero que vos estés más fel... no, más feliz no, más contento. Quiero regalarte algo que disfrutes ese día y ningún objeto te serviría ahora. Pero no te digo nada más porque te vas a dar cuenta y quiero que sea una

sorpresa. Una vez con papá te regalamos una salida a la cancha y a comer pizza cuando terminó el partido. Ahora va a ser algo parecido, aunque de salir ni hablar porque vos sabés bien que por ahora no podemos; pero por ahí va a ir la cosa.

Bueno, no te preocupes. Yo sé que no me voy a ir a ningún lado. Ya estoy bastante acostumbrado a esperar, así que me va a gustar tener que esperar algo lindo. Entiendo eso de que no va a ser una cosa, como la vez esa del partido y la pizzería, pero para serte sincero los regalos que más me gustan son los que se pueden agarrar. Porque si un regalo no es una cosa, me parece menos regalo, ¿me entendés? ¿Qué hace un tipo (o un Eduardo, digamos) cuando se le regala algo que no puede poner en ningún lado? No sé, grandecita, no me voy a hacer más preguntas. Creo que voy a dejar que me sorprendas.

Bueno, hoy es el día. Hace casi tres meses que estamos durmiendo con Eduardo. Y qué cosa... hace tres meses que apenas duermo. Qué raro es a veces lo que nos pasa. Él no despierta y yo no puedo cerrar los ojos. ¡Cuánto daría para poder regalarle muchos de mis párpados abiertos! Pero hoy no tengo que pensar en eso, hoy es el cumpleaños y tengo que llevarle el regalo. Bien, ¿a ver si tengo todo? La olla, sí; el secador de pelo, sí; el plumero, sí; el tambor, sí; los jazmines, sí; el guiso que quedó de ayer, sí; un pedazo de manguera, sí. Listo, está todo. Vamos.

—Uy, qué lindo que está el cuarto, con los globos y las guirnaldas. Hola, Edu. ¿Qué te tenía que decir? Ah, sí, ¡feliz cumpleaños! No sabés qué preciosa que está la habitación. Esta Lucía que te tocó es una maravilla. Bueno, trece años, amor, ¿qué se siente?

Nada, mamá, no se siente nada. O sí. Se sienten ganas de sentir. Pero dejá, no estoy del mejor humor. Debe ser que

me hablás de globos que no puedo ver, de guirnaldas que no puedo tocar y de amigos que no están. Me acuerdo de mis otros cumpleaños y me da rabia.

—A ver, por aquí tengo el regalo, esperá que lo preparo porque es bastante complicado. Ya te dije que no era una cosa, así que tené paciencia mientras pongo estas cosas... A ver... la olla, la manguera en la canilla del baño... Se enchufa aquí el secador... ya está. Ah, ya vino Lucía. Bueh, podemos empezar. ¿Estás preparado?

Sí, grandecita, dale que no aguanto más la curiosidad.

—Este regalo no es una cosa, es una serie de sensaciones. Te voy a regalar cosas para que sientas, Edu, momentos que tienen que ver con nosotros. Por ejemplo, ¿te acordás qué teníamos que hacer cada vez que te lavabas la cabeza, qué era lo primero que hacía cuando eras más chiquito y te sacaba del agua? A ver, te ponía arriba del inodoro, ¿y qué pasaba?

No sé, ma, no me la hagas difícil, ¿qué pasaba?

—Te secaba el pelo con el secador, con esto —y aquí te mando todo el aire caliente, mi chiquito, por la cabeza, y te revuelvo el pelo como te hacía hasta bastante antes de que te durmieras, para que te quede bien seco, bien seco y no te resfríes porque afuera del baño siempre hace más frío

que adentro y los cambios de temperatura son peligrosos—. Aire caliente, aire caliente, “toc, toc, y el agua que se va...”. Como la canción que te cantaba, ¿te acordás?

...toc, toc, y el agua que se va
a dormir en el viento
para no molestar...

Mirá vos, grandecita, lo que se te ocurrió como regalo. No está mal este viento que me da en la cara y esas manos en mi cabeza. Sí, me acuerdo. Me acuerdo del secador rojo y del “toc, toc” que me cantabas. ¿Qué sigue?

—Ahora: el jardín. Cuando volvías de la escuela en primavera, el jazmín estaba con todas las flores. Me decías que el jazmín iba a ser tu flor favorita para siempre. A vos te gustaba ese perfume.

Me gusta, grandecita, me gusta. Todavía estoy aquí.

—Bueno, es este. Te traje los jazmines de nuestro jardín —y te muevo los jazmines delante de la nariz.

—Seguimos con el olfato. Entrás a casa y hay guiso de fideos para comer. Hice el guiso que más te gusta —y ahora lo que remuevo es el envase abierto que tiene los fideos y la carne y el tomate y la cebolla.

—Pero basta de nariz. Siempre te encantó ponerte el plumero en la cara. Nunca supe qué le encontrabas de lindo pero cada vez que yo lo usaba para quitar el polvo, en cuanto me descuidaba te lo llevabas a la cara y yo te retaba. Pero ahora no te voy a retar. Te voy a pasar yo misma el plumero por tu piel. Sentilo, Edu, sentilo. Estas son las plumas. Sentilas, sentilas todas.

Sí, y están llenándome la cara.

—Escuchá: el tambor que te regalaron cuando cumpliste seis años y con el que nos volviste locos por una semana porque no había forma de que te lo quitaras ni de que lo dejaras de tocar; y hasta que te olvidaste de él fue bastante difícil tener un ratito de silencio y la casa parecía un regimiento preparándose para el combate todo el tiempo.

—O el agua golpeando sobre nuestro techo de chapa cuando llovía —y le digo a Lucía que abra la canilla del baño y hago caer el agua con la manguera adentro de la olla—. Escuchá, Edu, escuchá cómo cae. Sentí, olé, escuchá. Este es mi regalo, amor. Tus sensaciones que vuelven, que no se fueron y vuelven.

Ya entendí, grandecita. Ahora dejame que quiero quedarme con estos recuerdos que me trajiste. Muy lindo todo. Pero yo sigo sin poder probar el guiso.

Y sigo sin poder ver los jazmines.

—Y para terminar, otro pedacito de la historia de Ulises, el que se enfrentaba con tantos problemas para volver a Ítaca. Resulta que navegando con sus amigos llegó hasta donde estaban las sirenas. Todos ellos sabían, como buenos marinos, que si escuchaban su canto se irían sin remedio hacia ellas y chocarían contra las rocas de los acantilados, que estaban llenos de los esqueletos de otros hombres que habían caído en la trampa y se habían dejado encantar por esas voces maravillosas. Pero Ulises quería escucharlas. Entonces ordenó que todos los tripulantes del barco se pusieran cera en las orejas y que a él lo ataran al palo mayor, para poder oír el canto sin peligro de ordenar a su tripulación que guiara el barco hacia los acantilados. Así lo hicieron, pero la voz de las sirenas era dulcísima y contaba que ellas sabían los secretos que pueden llevar a la felicidad de los hombres y también conocían el destino que habían corrido en esos años todas las personas que Ulises amaba. Ulises hacía esfuerzos terribles por zafarse y salir corriendo hacia ellas. Trató y trató pero no sirvió de nada porque sus hombres sabían hacer ataduras muy duras y hasta alguno se paró y ató todavía más fuertemente a su jefe. Él se lastimó las muñecas y las piernas y quedó agotado, pero fue el único hombre que pudo oír la melodía de las sirenas y contar luego lo que se sentía al escucharla.

—Es de noche, amor. Ya son más de las 12, así que tu cumpleaños legalmente terminó. Espero que te haya gustado mi regalo. Lo pensé mucho, te lo aseguro. Ojalá haya acertado. ¿Sabés qué acabó de decidirme? ¿Te acordás de cuando leímos *El señor de los anillos*, que Gandalf le dice a Frodo, una vez que se quedan hablando solos, que lo que

tienen que hacer los hombres es lo mejor que puedan en el tiempo que les toca vivir? Bueno, eso quise hacer. Sentí que nos había tocado este tiempo oscuro, cielo, y que si no podíamos hacer lo que queríamos al menos teníamos que intentar hacer lo más lindo que se nos ocurriera en estos días que llevamos aquí. No sé... me gustaría no haberme equivocado.

Yo tampoco sé, mamá. Creo que los dos estamos haciendo lo que podemos. A mí también me hubiera gustado más la pelota pero tenés razón, ¿de qué me hubiera servido ahora? Estuvo lindo tu regalo. Lo que más me gustó fue el secador de pelo. Eso del viento en la cara estuvo bueno.

Ah, y la historia de Ulises y las sirenas también estuvo buena.

—¿Qué te estarás diciendo, Edu? Me pone loca no poder escucharte.

¡Que la historia estuvo bien pero que lo que más me gustó fue eso del secador de pelo, del viento en la cara! ¿Qué tenés en las orejas? ¿Un elefante muerto?

—Seguro que te estás preguntando por papi.

No, te grité que el que estaba muerto era el elefante, no mi papá. Pero si querés, dale, seguí. Nunca habíamos hablado de... de eso.

—El otro día, mientras te preparaba las cosas para tu cumpleaños, se me ocurrió que nunca hablamos de la muerte de papi. Debe ser porque yo no quería darme por enterada de que había perdido a mi amor grande y que encima mi amor chiquito (porque en esa época sí eras chiquito) iba a... tener que pelear... para... Pero estuve tonta. Tendría que haberte sentado en un sillón para que me dijeras todo lo que sentías.

Ya te lo dije hace bastante, pero no me escuchás lo que pienso... lo mismo que hacía yo antes, y vos me retabas porque no te daba bolilla. Pero igual te lo voy a repetir. Cuando pasó lo de papá me sentí más, eh, frágil. Ahora también me siento más frágil. Mirá vos, vengo a descubrir ahora que un papá sirve para ser más fuerte. Yo pensaba que jugar con él a la pelota era jugar a la pelota y listo. A otra cosa. No sabía que era una especie de cemento. Bah, en esos días yo no pensaba en eso ni en nada. Lo único que me preocupaba era que no me metiera goles, sobre todo esos tiros despacito, cerca del palo, que eran los que me daban más rabia. Y él me los acomodaba lo más lento posible para que me diera en serio mucha más bronca. Era bueno en eso el viejo. Yo qué sé. Era bueno. Hasta que se durmió. Y ahora yo que no me despierto por más fuerza que haga. Tengo miedo de que me pase lo mismo.

—Debés tener un miedo bárbaro de que todo esto termine igual que aquello. Pero ya te dije que no, Edu. Ahora sé que tengo que traerte de vuelta. Y, sobre todo, vos sabés que tenés que volver a casa.

Sí, ya sé que tengo que volver, grandecita. El problema es que no sé cómo. Me pasa lo mismo que a Ulises. Mirá que hago fuerza para abrir los ojos, eh. Y no hay caso. No se quieren abrir por nada. Me la paso tirándolos para arriba y siguen más cerrados que no sé qué. Bueno, ahora estoy cansado, ma. No sé de qué pero estoy cansado. Así que voy a dormirme dormirme. Ya me pudrí de estar dormido despierto.

—Bueno, Edu. Ya es tarde y la verdad no doy más. Mañana cuando vuelva del trabajo la seguimos. Hasta mañana, chiquito.

Hasta mañana, grandecita.

Hace tres semanas que fue el cumple de Edu y él sigue igual y yo sigo igual y el mundo sigue igual. Estoy aquí en la oficina, arreglando papeles que no me interesan para mandarles cosas que no me interesan a gente que no me interesa. Lo único que de verdad me importa sigue dormido en una cama de hospital. Y ahora encima suena el teléfono y es una voz horrible que me dice no sé qué de complicaciones y de dificultades y que mejor vaya y yo ya no escucho más y manoteo la cartera como puedo y salgo corriendo y todos me miran y lo que me importa que me miren pero corriendo llego al tren porque es más rápido que un taxi y corriendo lo tomo y corriendo voy llorando en el viaje y pidiendo que otra vez no, que no con mi sueñito dormido. Y bajo del tren y corro hasta el hospital y subo las escaleras y ahora no me dejan entrar porque te están haciendo no sé qué cosa y yo me quedo afuera con una puerta cerrada y mis ganas de prenderle fuego al universo.

—El Melas es una suma de minihemorragias —me dice Fabián—. Yo ya te avisé que de ese tema se podía despertar

o no. Eso sigue igual. Pero como el cerebro no está trabajando a pleno, las demás funciones del cuerpo también se ven dificultadas. Ahora tuvimos una complicación respiratoria. Para que entiendas, tuvimos que hacer una limpieza de los pulmones de Eduardo. Parece que lo peor ya pasó. Pero no te puedo asegurar que no se vuelvan a repetir cosas así. Podés pasar a verlo pero hoy solamente un ratito. Ah, y no te quedés a dormir, al menos por esta noche. Ya mañana, si todo sigue mejorando, hacés lo que tengas ganas.

—Eso me dijo Fabián, amor. Que hubo un problema en tus pulmones, es como si se hubieran ensuciado, pero que ya te los limpiaron y que a partir de mañana puedo hacer lo que quiera. Pero eso es mentira y vos y yo sabemos que es mentira, porque si pudiera hacer lo que quisiera, te llevaría conmigo a la plaza y aprendería a patear fuerte únicamente para molerte a pelotazos. ¿Cómo te decía papá? Ah, sí, para llenarte la canasta. Hace no sé cuánto que no hago lo que quiero. Apenas hago lo que puedo y nunca me alcanza.

A mí tampoco, ma. También tengo ganas de hacer eso que decís, lo de la plaza, digo, y todo el asunto, pero igual los que más me costaban no eran los fuertes sino los que me colocaba al ladito del palo, como pidiendo permiso. Pero no ahora, porque lo de la limpieza de mis pulmones me dejó un desastre. Fue feo, ma. No sé, como cuando alguna ola del mar me revolcaba y empezaba a tragar agua por todos lados y no sabía cómo salir, aunque el agua no me llegara a la cintura. Bueno, algo así. Tenía ganas de llamarte, grandecita, pero ni mi voz de la cabeza me salía. ¿Así que no te podés

quedar a dormir aquí? Es una porquería porque esta noche voy a tener miedo. Ahí está de nuevo, ma, ahí está otra vez el mar, otra vez se me viene toda el agua que me revuelca y yo no sé cómo salir. Dame la mano, dame la mano y sacame.

Te veo moverte como no te vi nunca y sé que hay otra vez complicaciones, sé que otra vez hay que limpiar tus pulmones y corro a avisar porque es lo único que puedo hacer porque yo no sé de tu cuerpo más que lo que siempre supe por afuera y ahora me arrepiento de no haber estudiado más en estos años todo lo que se hubiera publicado sobre lo que tenés, como aquel papá de Estados Unidos que descubrió la cura para su hijo sin ser médico ni nada y yo que no descubrí ni siquiera la forma de avisar más rápido.

—Estoy afuera de tu pieza, chiquito. Ya terminaron de limpiarte por segunda vez y no me dejan entrar pero hoy me quedo aquí en el pasillo y miro tu puerta cerrada. Mi mundo se hace cada vez más estrecho. Hasta ayer era una pieza de tres por tres y ahora es apenas un pasillo y una puerta cerrada. Estoy diciendo esto en voz alta porque quiero convencerme de que todo sigue siendo posible y la gente pasa y me mira. Pero pienso en la vergüenza que te daría si me vieras y me sonrío sola, y sé que te daría más vergüenza y me vuelvo a reír y así. Y como no quiero jugarte sucio (digo, hacer cosas que sé que no te gustarían solamente porque no podés verlas), dejo de hablar sola pero no de sonreír y sigo en mi nuevo mundo de pasillos y de puertas con muchos amigos y muchos parientes que vinieron a verme para estar conmigo y yo tan sin vos.

—Ya pasó una semana de la limpieza de tus pulmones, amor, así que podemos festejar que hoy se cumplen siete días de tus pulmones limpiecitos. ¿O se dice “limpitos”? Bah, no importa. No usemos tanto diminutivo que ya habíamos quedado en que vos no eras más chiquito sino grandecito... Es decir, qué tonta que soy. Que vos no eras más chico sino grande.

Menos mal que te diste cuenta sola, grandecita. ¿Ves? Yo sí puedo seguir usándolos porque son para mí solo y así sí vale. Así que una fiesta. Y qué vendría a ser, ¿un cumpleaños?, ¿un pulmeaños feliz? ¿Ya pusiste las guirnaldas? Ya no quiero más festejos acostados, mami. Quiero pararme.

—Aunque ya debés estar hasta el pelo de mis festejos idiotas.

No, grandecita, no son idiotas. Guau, en serio que a veces me parece que me escuchás. Lo que pasa es que no sé qué hacer para despertarme y eso me pone triste. Pero no me hagas caso. Si querés festejar que estoy limpito o limpiecito o como se diga, lo hacemos y está todo bien, ¿eh?

—Con tanto lío que se vino en los últimos días nos olvidamos de seguir dándole bolilla a los caminos de tu regreso. ¿Cómo va ese tema, Edu?

No sé, ma. Creo que no va. Yo me siento siempre igual. No entiendo qué querés decir con eso de que tengo que trabajar para el regreso, si desde que me quedé dormido no hago más que empujar para arriba los párpados, para afuera los dedos y lo único que consigo es cansarme la cabeza.

—Supongo que muchas veces te preguntarás cómo se vuelve, qué podés hacer para despertarte. Nada, amor. Es decir, nada distinto de lo que estás haciendo. Escucharme. Saber que estoy aquí. Mientras me escuches es que estás volviendo. Se empieza a volver por las orejas. Las orejas son las primeras que vuelven. Tus orejas. Como el día de tu cumple, ¿te acordás? Primero aparecen las orejas, después la nariz, después la piel, y al final van a llegar los ojos y la boca. Eso es lo más difícil, lo que lleva más tiempo. Lo que no tenés que hacer es perder la paciencia. Volver de la panadería vuelve cualquier pelagatos. Volver de un sueño como este es bastante más complicado.

Sí, el tema es que a la panadería yo ni siquiera puedo ir. Bueno, ahora dejame que estoy cansado. Tanto ir y venir hace mal. Mañana sigo caminando.

Hoy le voy a contar sobre las vacas del Sol. Eso le va a gustar. Mientras voy en el tren releo la historia porque mi Homero me quedó un poco lejos y ya no me acuerdo tanto de todo lo que pasa...

—Hola, amor, ya llegué. Vine todo el viaje desde el trabajo pensando en lo que te iba a contar y después de mucho meditar llegué a una conclusión llena de sabiduría. Hoy te preparé la terrible historia de las vacas del Sol.

Uy, grandecita. Muy prometedor tu cuento esta vez... no, muy sabio en serio. Me imagino la espantosa lucha de Ulises contra la peligrosísima vaca. No, es que de verdad hay cada ternera que mete un miedo que mejor ni te digo.

—No te lo conté, bueno, no te lo conté porque hay varias cosas de la vida de Ulises que todavía nos falta conocer, pero resulta que una vez llegó a una isla que estaba

habitada por una hechicera muy poderosa llamada Circe, que además de ser muy poderosa era enormemente bella.

Ya sé. Y se mandaba sus buenos asaditos con las vacas esas del Sol. Horripilante.

—Bueno, los compañeros de Ulises llegaron hasta el palacio de Circe, ella los hizo pasar como si fuera la mejor anfitriona del mundo y una vez que estuvieron adentro, pum, los convirtió en chanchos. Pero uno de ellos, Euríloco, pudo escapar y corrió a avisarle a Ulises. Nuestro hombre volvió y, con la ayuda de un dios, consiguió rescatar a sus amigos, hacer que Circe los volviera a su forma humana y hasta logró que ella se enamorara de él. Estuvieron un año en el palacio de Circe comiendo y pasándola bárbaro hasta que decidieron partir para tratar de llegar al fin a Ítaca. Pero antes de irse, la hechicera les previno que por nada del mundo se detuvieran en la isla donde estaban las vacas del Sol y sobre todo que, si las veían, no les hicieran nada. Ya te imaginarás lo que pasó.

Sí, me imaginaré, pero igual preferiré que me lo contarás. O sea, me gustará que me lo contarás vos.

—Llegaron a la isla. Ulises se quedó dormido y sus compañeros no pudieron aguantarse el hambre. Hicieron todo lo posible pero algunos de ellos dijeron que preferían morir aplastados por los dioses que de hambre, que era la peor de las muertes y la más indigna para un guerrero. Se ve que

varios estaban bastante cansados de Ulises porque los metía en un problema detrás de otro. Así que aprovecharon que el jefe no estaba y pusieron manos a la obra. Mataron varias vacas y se las comieron. Como las vacas pertenecían a Apolo, el dios del Sol, cuando este se enteró le pidió a Zeus que castigara a los asesinos. Zeus estuvo de acuerdo con su hijo en que los culpables debían ser castigados y, lleno de furia, mandó un terrible rayo contra el barco, lo hundió y mató a todos los tripulantes menos a Ulises, que logró flotar sobre uno de los mástiles hasta una isla. ¿Qué tal? Una buena historia, ¿no?

Sí, sobre todo porque Ulises sale vivo. Aunque ahora voy a pensarlo dos veces cada vez que me prepares una hamburguesa. Pero no, en serio. Estuvo bueno. La verdad que esa historia de las vacas no prometía demasiado y al final creo que fue la mejor. Y Ulises se salva, no nos olvidemos de eso.

—Bueno, voy a buscar más historias de Ulises a ver con cuál seguimos. Ahora volvamos un poco a nuestra propia aventura que está bastante buena para escribirla, no te vayas a creer. Estuve pensando en lo de tus pulmones del otro día, cuando hubo que limpiártelos, y en que te habrás quedado pensando sobre lo que se puede hacer para que no te vuelva a pasar.

No, la verdad que no, ma. No lo pensé para nada. Me pareció que si había pasado dos veces era porque podía pasar tres. Yo qué sé, grandecita, no te puedo decir las cosas que se me ocurren o las que no se me ocurren porque no te

puedo decir. Pero a ver, contame vos. Te estás haciendo una experta en hacer de Eduardo. Ya no sé si me escuchás o te estás volviendo de yo.

—Y como ya te dije mil veces que no te voy a mentir nunca, en esto tampoco lo voy a hacer. No se puede hacer mucho. O sí, estar atento, para que si vuelve a pasar te limpiemos otra vez, y así hasta que te despiertes. En fin, que al final vas a ser el tipo con los pulmones más limpios del mundo. Bueno, amor, ahora me voy a casa que mañana tengo que hacer varias cosas temprano. En cuanto salgo del trabajo vengo y me quedo, ¿eh? Esperame que ya sabés que odio que me dejen plantada.

Chau. Graciosa.

Siguen pasando los días y cada vez tengo menos recuerdos de cómo era todo antes del sueño. Creo que ya me había empezado a acostumbrar a la ausencia de mi amor grande, aunque no podría asegurarlo... En una de esas lo digo ahora porque desde que empezó el sueño de Eduardo hasta esa memoria se me hizo borrosa. No es que se me haya quitado del alma ni nada por el estilo pero se me puso en suspenso, en una parte del corazón que ya no uso. Tal vez cuando pueda dejar mi tarea de guía pueda volver a tener un corazón sin desvanes para guardar los cachivaches más amados del pasado. Es que me volví toda presente, toda hoy. Una gran ahora que camina. ¿Qué pensará mi chiquito de esta madre en polvo, esta madre instantánea que le cayó de golpe?

¿Cómo vivía yo antes de quedarme dormido, antes del mar revolcándome en esta playa de hospital con pulmones sucios y pulmones limpios, antes de estas charlas de mamá entre ella y ellayo, entre yoella y ella? ¿Cómo era mi vida sin el cablerío, cuando despertarme no era una obligación ni el final de ningún viaje que no entiendo ni nada, sino abrir los ojos para ir a la escuela o para ser sábado o martes o

partido o prueba de Historia o Camila, y no enfermera con cara de Camila sino Camila de verdad? Ya no quiero más Ulises de los griegos, ni peleas contra gigantes estúpidos que se tragan eso de que un tipo se puede llamar Nadie, ni Ulises que tienen que atarse para no ir a estrellarse contra las rocas porque unas tipas con cola de pescado los llaman, ni dioses que hagan bolsa los barcos porque unos marineros con hambre se hicieron un asado con sus vacas de cuarta. Ya no quiero más los viajes de Ulises.

Otra vez mi llegada. ¿Cuántas veces llegué ya? ¿Cómo diría Homero? Ah, sí. ¡Ea, mortales, yo, Mónica, la de relucientes tobillos, volveré al sitio de mi juramento tantas veces como lo disponga el padre Zeus, que amontona las nubes, así mi destino le sea ingrato a los inmortales todos que habitan el vasto Olimpo! No sería una mala frase para la Odisea. Tiene que ver con Ulises y además es verdad, aunque mis tobillos ya no sean tan relucientes.

—Buen día, Edu. Hablé con Fabián para preguntarle si él me podía decir cuándo podía pasar algo que apurara tu regreso, y me contó que hay algunas cosas adentro tuyo que le parece que van mejor. Me dijo que eso es bueno, pero que tampoco me puede asegurar nada. En realidad, ya sabía su respuesta, pero ¿sabés? A veces me pasa lo que te digo siempre que no te tiene que pasar a vos: perder la paciencia. Tengo tantas ganas de tenerte entero que me cuesta aceptar que por ahora tengo solamente tu sueño.

Acordate de lo que le dijo Gandalf a Frodo, mami. Lo que tenemos que hacer es lo mejor que podemos en el tiempo que nos toca. ¿Ya te olvidaste, grandecita? Vos me lo leías y me lo dijiste varias veces en este tiempo. Y después está Ulises, el que oyó a las sirenas, el que con el gigante de un solo ojo se hizo pasar por Nadie. Es como yo. Nadie está dormido. Nadie quiere volver. Nadie es Eduardo. Tengo que dejar de ser Nadie. Eso es lo mejor que puedo hacer en el tiempo que me toca. Dejar de ser Nadie. Dejar de ser nadie. Creo que ahora entiendo. Creo que estoy empezando a entender.

—Bueno, ya que tenemos un ratito los dos solos, volvamos a nuestra historia de Ulises. Otra cosa que no te conté, y que le pasó al pobre hombre antes del asunto de las vacas del Sol, fue el encuentro con dos monstruos terribles que tenían su morada cerca de los límites del mar. Uno de esos monstruos era Escila, la aulladora, una bestia con doce patas (que en realidad eran doce muñones) y seis cuellos largos, que podían llegar hasta las mismísimas cubiertas de los barcos. El otro monstruo, que encima vivía enfrente de Escila, se llamaba Caribdis y chupaba el agua del mar y después la vomitaba. Y claro, si en el agua que se tragaba había un barco, chau barco y chau la gente que estuviera arriba. Caribdis era la muerte segura para todos, y Escila para seis, porque solamente podía llevarse a un hombre en cada uno de sus cuellos. Ulises eligió pasar más cerca de ella y ocurrió lo que tenía que ocurrir: perdió a seis de sus compañeros.

Fuera los monstruos. Pasemos rápido y perdamos lo menos que se pueda. No, si ya voy agarrando tu paso, grandecita. Escila y Caribdis, al canasto de la ropa sucia. Que mis amigos no están para ser el almuerzo de ningún bicharraco, por más bocas que tenga.

—Tengo que terminar, amor, porque al final, después de Polifemo y de Circe, y de Escila y de Caribdis, y de Apolo y sus vacas, y de toda la historia, Ulises llega finalmente a Ítaca. Y ahora voy a hacer un silencio para darte tiempo a que me preguntes, a que te preguntes; o sea, a que te/me preguntes.

Sí, ya te entendí, grandecita. Te/me tengo que preguntar qué pasó cuando el bendito Ulises llegó a la bendita Ítaca. Espero que le haya ido bien, porque si no, tanto lío para nada.

—Supongo que, como corresponde a un chico inteligente, querrás saber qué pasó con Ulises cuando llegó a su reino. Su esposa ya no tenía más excusas para retrasar la elección de su marido y futuro rey de Ítaca. El truco de la manta ya había sido descubierto y debía elegir entre los pretendientes que, de paso, estaban comiendo y tomando a costa de Penélope sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Ulises apareció disfrazado de mendigo, se aguantó las burlas de los pretendientes y, cuando llegó el momento, tomó su viejo arco, uno que solo él podía tensar, agarró varias flechas y no dejó títere con cabeza. Así volvió a ser rey de su tierra y recuperó a su esposa y a su hijo.

Lindo, ma. Yo qué sé. Lindo. Pero yo sigo dormido.



Ahora estoy sola en la hora de almuerzo en el trabajo, pero no fui a ningún restaurante ni bar ni nada. Me vine hasta la plaza que queda cerca de la oficina a sentarme debajo de estos árboles que son tan enormes que necesitan de unos palos gordísimos para sostener sus ramas más grandes. Y vuelvo a pensar en Ulises, cuando por fin pudo volver a su isla, a Ítaca, y a Penélope y a su hijo. ¿Cómo se llamaba el muchacho? Ah, sí, Telémaco. Y cuando pudo volver a tener a Telémaco entre sus brazos. ¿Qué habrá sentido? Es tan difícil volver a Ítaca si en el camino hay sirenas, cíclopes, brujas, naufragios. Y cuando finalmente se llega... ¿qué pasará por la cabeza? ¿Qué estará pasando por la cabecita de mi chiquito querido? Ufa, otra vez los diminutivos. Bah, ahora estoy sola. Me puedo permitir ciertas cosas, ¿eh, mi chiquito amadito, eh mi dormidito loquito? Pero algo está pasando también adentro mío. Nunca hablé así. Nunca me hablé así. Nunca me permití hablarme así. Así, digo, con tanta seguridad de que Ítaca está cerca, de que Telémaco está cerca, de que la manta de Penélope y el tejido interminable sirvieron para que un rey volviera a su reino.

Tengo que ir al hospital. Hay un rey que quiere su isla.

—¡Tengo que volver! No hay trabajos a la tarde si hay un rey que quiere su isla, no hay ni siquiera tarde a la tarde.

¡Hay solamente un rey que quiere su isla! —y voy gritando como loca porque ahora sé que lo que me pasa es que no entiendo cómo ni por qué descubrí que el rey quiere su isla y va a tener su isla. Con sus ojos abiertos la va a tener, con sus dedos enteros la va a tener, con su boca hablando.

—¡Ítaca, amor, allá está Ítaca, amor! —y todos me miran con pena por esa mujer tan joven y tan loca, pero es que no saben, no saben, no saben de todos mis tejidos con sus lanas. De todas mis noches tejiendo, esperando, y ahora de golpe sé que Ítaca está tan cerca, tan a la mano...

Yo no sé de párpados. Pero este de la derecha está más livianito...

Y en el tren me voy riendo sola y voy llorando sola porque, gracias, isla mía, y alguien me alcanza un pañuelo y, gracias, pañuelo ajeno. ¿Y yo cómo lo sé? No sé cómo lo sé, pero sé que lo sé.

—¡Tierra a la vista! Sí, amor, es Ítaca. Es tu isla, majestad.

Yo no sé mucho de dedos, pero este dedo gordo del pie se movió. Poquito, pero se movió.

—Yo estaba segura de que encontraría el camino —le digo a mi vecino de asiento que me mira raro porque no entiende nada de lo que le digo, pero igual le sigo contando que nada de cíclopes, ni de sirenas, ni de brujas hermosas ni de monstruos aulladores de seis cuellos, sino solo el camino. Un camino y una isla. Una Ítaca que espera y una mujer que ha tejido.

Ahora sí que se movió. Ahora, seguro. Ese dedo gordo se movió. No, el dedo solo no, ese pie entero se movió. ¿Y la pierna? ¿A ver la pierna?

Ahora voy tranquila por la calle que llega al hospital. Hoy todos los caminos son para llegar, todos los senderos van a una sola cama. No necesito apurarme. La puerta va a estar abierta. Está.

Sí, la pierna también. ¿Y el párpado? También.

El ascensor va a estar en planta baja. Está.

Y de golpe todo este movimiento a mi alrededor que es como en las películas, pero ahora puedo verlo y esa rubiecita chiquita debe ser Lucía; y sí, era linda en serio pero sin la cara de Camila; y allí está Fabián con cara de querer hablarme y me habla; y supongo que tengo que contestarle y le digo "hola", y pucha, qué pedazo de sonrisa por un "hola" así nomás.

Fabián va a estar en la puerta del cuarto con una sonrisa de oreja a oreja. Está Fabián. Está la sonrisa. Y yo lo abrazo fuerte porque fue un buen libretista. Y entro a ver cómo es ahora Ítaca. Y él está sentado en la cama, con un pijama nuevo. Y no tiene tubos. Y está solo él mirándome, y yo me recuesto contra la puerta y lo miro largo, largo, y apenas me sale una nada de voz, un como perdón de mi voz de siempre, y puedo decirle:

—Hola, Ulises.

—Hola, mami —me dice.

Y entonces sí. Entonces puedo dejar por fin que me venga todo el llanto de golpe, todo, todo, todo junto, y me empiezo a resbalar por la puerta hacia el piso, hasta quedarme sentada con toda el agua que me cae como desde diez meses me cae, como desde un chiquito dormido me cae, y ya no me importa nada, ahora de verdad solamente quiero que me digan para siempre que el tejido está terminado y que Ulises ha vuelto.